

inexhausto de lo Sacro ². Campos de atención que nos ayudan a captar toda la fuerza poética de su estilo, la gama tan rica de sus posibilidades poéticas.

Desde sus primeros poemas estaba ya implícita esa doble visión que no escapa a la postura ética del hombre, antes la realza, porque al hombre le es imposible cruzar «exento» por la historia aunque lo intente, y el poeta lo sabe. Por otra parte, nunca, ni en los más enraizados textos de Valente con su tiempo, se pierde esa plataforma de lo «sacro», el hondo crepitar de una oscura «materia», como él dirá en sus últimas entregas y que perfilará lentamente a lo largo de toda su obra.

La meditación de los «poderes» políticos y religiosos llevan a Valente a una de las más profundas visiones del hombre, su condición y su futuro. Nunca el gran poeta ha sido ajeno a estos panoramas. Dante, Shakespeare, Goethe, Quevedo, por citar sólo algunos, tuvieron bien presente la capacidad de mal que esas formas engendran en el espíritu humano; y bajo esas formas que recortan o quieren recortar la infinita capacidad de la vida, la vida sigue burlando, piadosa e imperiosamente, los poderes malignos. Porque justamente el poeta tiene su gran arma, la Palabra, y hace actuar «su propio» lenguaje sobre el pensamiento colectivo.

A la reflexión sobre el Hecho estético dedicó Valente varios ensayos de *Las palabras de la tribu*, uno de los libros más importantes de nuestro tiempo, afirmación en la que coincidimos plenamente con Milagros Polo.

Nos parece fundamental, posiblemente por la envergadura y el alcance de la visión, esa meditación sobre la naturaleza de la palabra poética que hace Valente. Se centra así una poética que gira en torno al poder de la palabra «fundante», la palabra que no puede ser dominada ni usada, una palabra libre y liberadora que el poeta descubre por «tanteo» y «espera», lejos de la servidumbre a los «poderes» que nos han asolado desde siempre, y que en nuestro tiempo se han convertido en las mejores armas de destrucción de lo humano. Así, el poeta escapa al espacio neutro de la palabra enajenada que cree burlar el agobio de una realidad anquilosada y hostil. Esta es la difícil zona límite en que Valente se ha movido.

Valente ha podido escribir *El Inocente*, libro que como un retablo del absurdo y la injusticia arroja la realidad de nuestro tiempo a nuestros ojos semimiopes o intencionalmente ciegos; y junto a este libro llevarnos con *Tres lecciones de tinieblas* o *Material Memoria* al desamparo de una palabra, ni usual ni evadida; límite que abre un espacio vertical ³, abierto al oscuro deslumbrar de la «nada», al lugar sacro donde se pierden los referentes cotidianos, temporales y fugaces, pero nunca la realidad; lo que Valente llamará e indagará en sus últimas creaciones con el nombre de «Materia». La «Materia» del mundo con su germinativo poder infinito, incesante, rica, llena de posibles «sueños de hombre» ⁴ que a través de él crecen y van a morir en los horizontes de la Historia. De aquí el trabado cruce de esos horizontes, vertical y horizontal, en los que Valente desarrolla toda su obra. Pero dentro de esa amplia visión, en el cruce de esos dos ejes, no pierde el poeta su Memoria. Crece así tanto en lo colectivo como en lo individual, sin caer en esos grandes peligros que apunta

² Milagros Polo: *J. A. Valente: Poesía y Poemas*, Narcea, 1983.

³ *El País*, Madrid, 26 de abril de 1981.

⁴ María Zambrano: *El sueño creador en Obras reunidas*. Estudios literarios Aguilar. Madrid, 1971.

en su lectura de Valente Milagros Polo: «El poeta se salva de dos grandes riesgos, la palabra velo, y la palabra instrumento»⁵.

Por otra parte, en los ensayos de *Las palabras de la tribu* encontramos referencias especiales que aclaran, a la hora de un acercamiento del lector, su obra de creación. Estudios sobre la naturaleza de la palabra poética, sobre la influencia de los poderes sobre el escritor, sobre la forma privilegiada de la función mística; estudios sobre autores españoles y extranjeros que marcan los avances del pensamiento poético desde los albores del siglo XX. Todo ello supone, como venimos viendo, una profundización que requiere un conocimiento riguroso de los avances del pensamiento moderno en las diversas capas y etapas de su evolución. Por todo ello, la obra de Valente se nos ofrece llena de riqueza, no sólo en el esplendor de unas formas estéticas que brillan sin más, sino también en el crecimiento enraizado de una visión muy avanzada y muy rigurosa de la realidad, cuando la realidad no es abstracción ni concreción separadas, sino inmenso territorio que nos crea y nos devora.

La obra de Valente tiene el signo de la positividad, el de una radical esperanza, y se separa por ello de algunas corrientes ancladas aún en visiones decimonónicas, visiones que se presumen nuevas y tienen el sello repetitivo de lo viejo y lo gastado; porque una de las tareas del poeta es la de darnos la total vibración de su momento histórico, y al mismo tiempo la entidad de unas «formas» que cierran la eternidad del mundo, sin que ello suponga dogma ni nihilismo. Y esa creo que es la aportación exacta de José Angel Valente⁶, todo ello en una ceñida y brillante escritura que no obedece fórmulas ni manifiestos, que permanece en la solitaria obediencia a un oscuro mandato: la concreta, y no por ello menos universal, dialéctica entre el hombre y el mundo, sin quedar apresado en fórmulas o visiones dadas. Esa es la valiosa contribución de Valente a la poesía actual, tan sobresaltada y contradictoria.—MARÍA CARMEN DÍAZ DE ALDA (*Núñez Morgado*, 15. 28016 MADRID).

Mayta o el fracaso esencial del revolucionario *

¿Por qué ha elegido Vargas Llosa a Mayta como personaje de su novela? ¿Porque su caso fue el primero de una serie que marcaría una época? —se pregunta el propio autor—. ¿Porque fue el más absurdo? ¿Porque fue el más trágico? ¿Porque en su absurdidad y tragedia fue premonitorio? «¿O, simplemente —añade— porque su persona y su historia tienen para mí algo invenciblemente conmovedor, algo que, por

⁵ Milagros Polo: *ob. cit.*, pág. 13.

⁶ José Lezama Lima: «J. A. Valente: Un poeta que camina su propia circunstancia», en *Revista de Occidente*, julio 1976, págs. 60-61.

* MARIO VARGAS LLOSA: *Historia de Mayta*. Seix Barral. Barcelona, 1984.

encima de sus implicaciones políticas y morales, es como una radiografía de la infelicidad peruana?»

La respuesta a todos estos interrogantes ha sido *La historia de Mayta*, que no es una biografía, sino una novela inspirada en la vida de Mayta, el medio en que vivió y los acontecimientos que fueron ocurriendo a lo largo de esos años.

La niñez de Mayta transcurre en el colegio Salesiano, lugar donde, por aquel entonces, se aprendía mucho de religión, poco de política y absolutamente nada de revolución. Mayta es descrito como un gordito crespo, de pies planos y con dientes separados. Sus compañeros le fastidiaban mucho por preocuparse de los pobres, por ayudar a decir misa, por rezar y santiguarse con tanta devoción y por lo malo que era jugando al fútbol.

Sin saber bien cómo ni por qué, el Mayta católico y místico se convierte en joven trotskista, homosexual y fracasado en su intentona revolucionaria. El autor nos cuenta entonces la triste historia de un viejo prematuro, en cuya vida no hay más que ilusiones rotas, frustraciones, equivocaciones, enemistades, perfidias políticas, estrecheces, malas comidas, cárcel, comisarías, clandestinidad, fracasos de toda índole y nada que pueda parecerse, ni de cerca ni de lejos, a una victoria.

Cambiar el mundo

Una sola cosa mantiene vivo a Mayta en su carrera imparable de acumular desgracias: su capacidad de reacción contra cualquier injusticia, en el Perú o en el último rincón del mundo. Eso es lo que le lleva a actuar con idealismo y hasta con absoluta ridiculez en pro de un urgentísimo cambio en la faz de la tierra. El resultado es que el Mayta de Vargas Llosa llega a convertirse en un huérfano total. «Se volvió eso —escribe el autor— militando en sectas cada vez más pequeñas y radicales, en busca de una pureza ideológica que nunca llegó a encontrar, y su orfandad suprema consistió en lanzarse a esta extraordinaria conspiración, para iniciar una guerra en las alturas de Junín, con un subteniente carcelero de veintidós años y un profesor de colegio nacional, ambos totalmente desconectados de la izquierda peruana.»

Idealista, bien intencionado —dicen de Mayta algunos de los que estuvieron próximos a él—. Pero ingenuo, iluso y terco como una mula. Vargas Llosa hace el personaje de su novela, además de aprista, comunista, escisionista y troscos, también maricón. Quizá, para acentuar su marginalidad, su condición de hombre lleno de contradicciones. También, tal vez, para mostrar los prejuicios que existen sobre este asunto entre quienes, supuestamente, quieren liberar a la sociedad de sus taras. Mayta es así el revolucionario fogueado, impaciente, lanzado al combate irreflexivo y víctima de su doble vida. Víctima del desgarramiento que supone el congeniar al militante clandestino entregado a la absorbente tarea de cambiar el mundo y al apestado que, nocturnamente, busca mariquitas.

Cara a cara

En las últimas páginas del libro, el autor se encuentra cara a cara con su personaje.